

9

SOL DEL MEDIO DÍA

Drama en once escenas y un prólogo.

PERSONAJES

ROBERTO, joven de diecisiete años.

MUJER 1ª

MUJER 2ª

LUPITA, hermana mayor de Roberto.

CUÑADO, esposo de Lupita.

TRAMOYISTA.

VIRGINIA MILLÁN.

UN HOMBRE.

Acción en la ciudad de México. Época actual.

PRÓLOGO

Al ponerse el sol, parece que se aferra a las nubes y no quiere llegar a su ocaso. No todos los seres humanos pueden acabar con resignación su existencia, porque quisieran vivir eternamente.

El cuerpo envejece, las manos se vuelven más torpes y la cara va cambiando de expresión; pero el espíritu sigue siendo en el fondo el mismo de la niñez y también necesita el mismo cariño que entonces.

Todos los atardeceres terminan al fin cubiertos por la obscuridad. A veces el sol desaparece con su luz eterna entre las nubes, pero a veces también suele teñir el cielo de rojo.

ESCENA I

Es la hora del crepúsculo. El sol que acaba de esconderse tras las montañas tiñe ligeramente de rojo las nubes, mientras en las calles de la ciudad van avanzando lentamente las sombras. De una casa, en uno de los suburbios, sale una mujer vestida de negro y se cruza con ROBERTO, que viene del colegio con los libros bajo el brazo y se queda muy sorprendido al verla salir de su casa. Hondamente preocupado, se apresura hacia la puerta y escucha unos rezos y llantos femeninos. Con paso rápido y el ánimo deprimido penetra hasta una estancia desde donde ve el cuerpo de su padre tendido sobre una cama y varias mujeres rodeándolo. Sin que lo vea nadie, se apoya en el marco de la puerta y prorrumpe quedamente en exclamaciones dolorosas.

ROBERTO.—¡Papá!... *(Deja caer los libros al suelo, se toma la cara con las manos y se echa a llorar.)* ¿Por qué? ¿Por qué había de ser mi padre?... ¡Si era lo único que me quedaba!... ¡Ahora sí que estoy solo!... ¡Más solo que cuando murió mamá!... *(Se queda callado y escucha el siguiente diálogo entre las mujeres.)*

ESCENA II

El velatorio. Dos mujeres y LUPITA.

MUJER 1ª —¡Descanse, Lupita! El Señor debe haberlo recogido en su Gloria.

MUJER 2ª—(*Ayudándole a levantarse.*) Nosotras nos quedaremos aquí toda la noche para que pueda descansar usted. Ándele, siéntese; no es bueno que se fatigue estando como está.

LUPITA.—¡Dios tenga piedad de nosotros! . . . ¡Qué vamos a hacer sin papá!

MUJER 1ª—Acuérdese de las palabras de su padre: tiene que cuidar de su hermano. Ahora es cuando más necesita de ustedes dos. Su marido debe hacerse a la idea de que tiene un hijo. El muchacho va a sentirse muy solo . . .

MUJER 2ª—Usted ya está grande, ya hizo su vida; pero él apenas tiene diecisiete años, se está formando.

LUPITA.—No debe tardar en llegar del colegio. Papá estaba muy enfermo y nunca quiso que Roberto lo supiera, para no preocuparlo. Pero ahora . . .

MUJER 1ª—¡Cálmese, Lupita! Todos tenemos que morir algún día. Él fue a reunirse con su esposa.

MUJER 2ª—Y Roberto tiene que empezar a portarse como hombre.

MUJER 1ª—Y tiene que seguir el buen ejemplo que siempre le han dado. (*Una de ellas saca un rosario y se ponen todas a rezar.*)

ESCENA III

La misma casa. ROBERTO se encuentra parado de espaldas, viendo las fotos de sus padres en una pared. Luego, el CUÑADO.

ROBERTO.—¡No saben ustedes lo solo que me siento, cómo los necesito!... A veces camino por la calle y al mirar a mi alrededor me parece que soy un extraño. Aquí mismo es como si fuera desconocido; cuando hablo, mi voz se pierde sin que la escuche nadie, como si yo no existiera. ¡Y creo que tal vez eso sería mejor!... Vivo porque sé que ustedes me ven y porque hay un más allá... Aunque también pienso a veces que no existe nada, y quisiera morirme como ustedes. Cuando los otros muchachos hablan de sus padres, me doy cuenta que no saben lo que tienen. ¡Pero cómo los envidio! Las cosas para mí no son como eran antes... Ahora necesito muchas fuerzas para defenderme de las gentes; sin embargo, cada vez me van faltando más. Ya nada me llama la atención, no puedo ser como

era, ni tampoco puedo cambiar y sentirme feliz. ¿Para qué?... ¡Si es como si no existiera!... ¡No saben cuánto los necesito!... (*De pronto se oye una voz y vuelve a la realidad.*)

CUÑADO.—¡Roberto!

ROBERTO.—¿Eh?...

CUÑADO.—Me imaginaba que estabas aquí. Todo el tiempo te lo pasas junto a esas fotos.

ROBERTO.—(*Resentido.*) Qué, ¿ya ni eso puedo hacer?

CUÑADO.—No empecemos con tus cosas. Ya estás grande. Yo también soy huérfano y no por eso dejo de vivir y me pongo a llorar con los recuerdos.

ROBERTO.—¡Yo no estoy llorando con los recuerdos!

CUÑADO.—Bueno, pues como les llames. De cualquier manera tenía necesidad de hablar contigo; si no, te aseguro que no te hubiera molestado.

ROBERTO.—¿Qué es lo que han decidido que haga?

CUÑADO.—Por lo que veo, ya sabes entonces lo que te iba a decir...

ROBERTO.—¿Cuándo tengo que empezar a trabajar?

CUÑADO.—Te lo dijo tu hermana, ¿verdad?

Después de todo, me ahorró el trabajo de decírtelo yo.

ROBERTO.—¿Es que pensaste que no iba a estar de acuerdo? ¡Yo nunca me he negado a nada!

CUÑADO.—Pero no lo aceptes así nada más; tienes que comprender las razones; la familia va a aumentar dentro de un mes y tenemos que ahorrar dinero para el nuevo niño.

ROBERTO.—¡Ya lo sé! ¡Conozco todas esas razones! . . .

CUÑADO.—¡Compréndenos! Antes, tu padre sostenía esta casa; pero yo solo no voy a poder. Tuvimos muchos gastos con su entierro y nos trajo muchos problemas. Lo que él dejó no nos alcanzó para todo.

ROBERTO.—¡Ya te dije que puedo empezar el trabajo cuando quieras!

CUÑADO.—La semana que entra. Podrás seguir estudiando en las mañanas, y por la tarde te irás conmigo.

ROBERTO.—¿Al teatro?

CUÑADO.—Sí. Me ayudarás en las escenografías y trabajarás de tramoyista. Te pagarán bien y tendrás para tus propios gastos. En las noches regresaremos juntos. Verás como el trabajo es bonito y ganas bien, y el tiempo en rea-

lidad es poco. ¡Aprenderás muchas cosas!...
(*Se marcha satisfecho, mientras ROBERTO permanece pensativo.*)

ESCENA IV

Un teatro de revistas. Unos actores se encuentran ensayando, entre los cuales está VIRGINIA MILLÁN que canta sumamente posesionada de la canción. ROBERTO la escucha ensimismado al pasar entre los telones con una plancha de fibracel.

TRAMOYISTA.—(A ROBERTO.) Anda tú, ¿no ves que necesitamos fibracel?

ROBERTO.—¡Ah, sí, es que me detuve un instante; no pensé que cantara así esa mujer!...

TRAMOYISTA.—Viene desde Europa. Allá ha sido un éxito. Le pagan un dineral por su actuación.

ROBERTO.—Debe ser millonaria.

TRAMOYISTA.—¿Millonaria? ¡No, qué! Se lo gasta todo el marido. Estas señoras son así; han sido muy bellas de jóvenes, pero ya viejas, no hay quien se ocupe de ellas. Además, son artistas y se deben a su arte.

ROBERTO.—A mí me parece bonita. Tiene una mirada como si reflejara la tristeza en que vive, y canta con mucho sentimiento.

TRAMOYISTA.—¡Bah! Tiene su estilo, si no,

no estaría aquí. Ahora es famosa, pero dentro de dos años, ni quien se acuerde de ella.

ROBERTO.—¿Por qué?

TRAMOYISTA.—(*Sonriendo.*) Así es el teatro, amigo.

ESCENA V

El mismo escenario. Entre los telones, ROBERTO jala un cable caminando hacia atrás. VIRGINIA se encuentra de espaldas a él y busca algo en su bolso.

ROBERTO.—(*Sorprendido al tropezar con VIRGINIA.*) ¡Perdone!

VIRGINIA.—¡Cuidado!... (*Cae un cable de un telón y se hacen a un lado los dos, asustados.*)

ROBERTO.—Disculpe que la haya molestado.

VIRGINIA.—Eso pasa en todos lados, muchacho. (*ROBERTO se queda quieto mirándola atentamente. VIRGINIA busca con qué prender el cigarrillo.*) Mi encendedor no funciona.

ROBERTO.—¿Usted fuma? ¿No le hace daño a la garganta?

VIRGINIA.—(*Sonriendo.*) ¡Cualquier día algo me ha de hacer daño!...

ROBERTO.—Usted canta muy bonito, con mucho sentimiento. Oyéndola he sentido cosas que nunca había sentido antes.

VIRGINIA.—¡Gracias! Es muy simpático oír algo así entre los tramoyistas.

ROBERTO.—(*Entre dientes.*) ¡Tramoyistas! . . . (*Se da cuenta de que sigue con el cigarro sin encender.*) ¡Oh, perdón! (*Saca cerillos y se lo prende.*)

VIRGINIA.—Gracias.

ROBERTO.—¿Es usted mexicana?

VIRGINIA.—¡Soy de Costa Rica, hijo! Pero como si no lo fuera. . . ¡Somos hermanitos!

ROBERTO.—¿Hermanitos?

VIRGINIA.—(*Acerca su mano con el cigarrillo a la de él.*) ¡Mira; tenemos la piel morena! . . . (ROBERTO *observa fijamente la mano de ella y hace con los labios la mueca de una sonrisa.*) ¿Y cuántos años tienes? Pareces muy chico para estar trabajando hasta tan tarde.

ROBERTO.—Cumpló diecisiete dentro de dos meses; pero no pienso ser tramoyista. Voy a ser ingeniero; estudio preparatoria en las mañanas.

VIRGINIA.—Vaya, eres un pollo todavía. Lo bueno es que estás muy seguro de ti mismo. Bien hecho, señor ingeniero. ¿Cómo te llamas?

ROBERTO.—Roberto.

TRAMOYISTA.—(*Llamando desde dentro.*) ¡Virginia Millán, teléfono!

VIRGINIA.—¡Ay! ¡No me dejan nunca! Llamadas y gentes todo el día. Estoy loca con el estreno de mañana. Nos vemos, guapo. (*Se va y le hace ojitos demostrándole su simpatía.*)

ESCENA VI

Días después. El mismo escenario; tras las bambalinas se ve una escalera de hierro y UN HOMBRE aparece apoyado en ella. Mientras suenan nutridos aplausos, entra VIRGINIA que viene del foro.

UN HOMBRE.—¡Viginia, luces guapísima! (*Intenta besarla, pero al abrazarla la nota indiferente y desiste de hacerlo.*)

VIRGINIA.—¡Creo que hemos hablado todo lo que teníamos que hablar!...

UN HOMBRE.—¡Perdóname! Creí que ya se te había pasado...

VIRGINIA.—Exactamente. Después de veinte años, después de haber sufrido tanto, se me ha pasado. Parece tonto, ¿verdad? Ahora que estoy vieja y he echado a perder mi vida, se me ha pasado.

UN HOMBRE.—¡No digas eso!... Estamos casados, y lo mismo que tú puedes haber perdido, he perdido yo... Veinte años no pueden acabar así como así.

VIRGINIA.—Pero, ¿es que tú crees que yo pue-

do seguir viviendo igual, permitiendo que acabes por destruir lo último que me queda?

UN HOMBRE.—¡Eres tú quién ha acabado conmigo!... Yo traté de ayudarte a ser una gran artista.

VIRGINIA.—¡A ti nunca te importó! ¡Cuántas veces tuve que hacer tonterías para poder sostener nuestra casa y no destruir lo que tontamente creía que era amor!

UN HOMBRE.—¿Te olvidas que gracias a mí has llegado a donde estás? ¡Debí haberlo pensado antes de recomendarte con mis amigos!... ¡Fui muy tonto; no creí que México te cambiaría tanto!...

VIRGINIA.—¡Eres un cínico!

UN HOMBRE.—¿Es que estás resuelta?

VIRGINIA.—¡Sí! ¡Jamás recibirás ya un centavo mío! ¡No volverás a explotarme!

UN HOMBRE.—Nunca te daré el divorcio, ¿lo oyes? ¡Piénsalo bien, Virginia Millán: de mí nadie se burla, y menos una mujer como tú! ¡Yo te juro que si no quedamos de acuerdo... te mato!

VIRGINIA.—¡Vete para siempre! ¡Para siempre!... (*Él se va y ella se dirige llorando hacia la escalera.*)

ESCENA VII

El mismo lugar. ROBERTO se encuentra parado en la escalera. VIRGINIA se queda sorprendida al verlo, baja la vista e intenta retirarse.

ROBERTO.—¡Señora! (*Baja la escalera y se acerca a ella.*)

VIRGINIA.—¿Sí?

ROBERTO.—Yo la buscaba para felicitarla por su éxito, pero...

VIRGINIA.—Te desilusioné, ¿verdad? ¡No todo son aplausos del público, hijo!

ROBERTO.—Usted es una artista.

VIRGINIA.—¡Una artista!...

ROBERTO.—Siento lo que le ha pasado.

VIRGINIA.—¿Eso?... Ya ni yo debo sentirlo.

ROBERTO.—Usted tiene muy buenos sentimientos.

VIRGINIA.—(*Toma las manos de él, pero reaccionando rápidamente las suelta.*) ¡Todos debemos tener buenos sentimientos!

ROBERTO.—Yo quisiera poder servirle en algo. Si le puedo ayudar, cuente conmigo.

VIRGINIA.—Gracias.

ROBERTO.—Dígame que no la molesto, me sentiría avergonzado.

VIRGINIA.—(*Poniéndole una mano en el hombro.*) Nunca, de ninguna manera. Eres un muchacho muy atento... , hasta me inspiras confianza.

ROBERTO.—Eso es lo que yo quisiera, que me tuvieran confianza. Yo también vivo muy triste, no tengo padres y nada podría ayudarme tanto como que confiaran en mí.

VIRGINIA.—Me gusta que la gente sea así, ¿sabes?

ROBERTO.—¿De veras?

VIRGINIA.—Vamos a ser buenos amigos, señor ingeniero. Nunca me habían dicho que tenía buenos sentimientos; yo misma no sé si los tengo; pero al oírtelo me hiciste pensar en muchas cosas.

ROBERTO.—Es que yo siento que hace mucho tiempo que la conozco; uno de sus gestos me recuerda a mi madre... ¡Aunque tal vez no es nada!

VIRGINIA.—Yo nunca tuve un hijo, pero si lo hubiera tenido, ya sería como tú de grande.

ROBERTO.—Estoy pensando cómo cambia todo...

VIRGINIA.—¡Todo puede cambiar tanto!...
(*Se queda triste.*)

ESCENA VIII

Una calle a donde da la puerta del teatro. Es de noche y salen los artistas. ROBERTO está recargado en la pared y fuma. Las muchachas que salen lo saludan mimosas. Detrás de ellas viene VIRGINIA con un abrigo muy elegante.

ROBERTO.—(*Siguiéndola.*) ¿Puedo ayudarte a conseguir un coche?

VIRGINIA.—Gracias, pero traje el mío.

ROBERTO.—¡Ah!

VIRGINIA.—¿Quieres que te vaya a dejar?

ROBERTO.—¡No! Esperaré a mi cuñado, si es que no se ha ido. Siempre nos vamos juntos.

VIRGINIA.—¿Por dónde vives?

ROBERTO.—En Tacubaya. ¿Y tú?

VIRGINIA.—Tengo un pent-house en Insurgentes.

ROBERTO.—¿Un pent-house?

VIRGINIA.—Es un departamento precioso en el último piso, todo de cristales; tengo hasta jardín. Es como vivir en el cielo.

ROBERTO.—Es donde debes vivir tú. Yo nunca he visto un pent-house.

VIRGINIA.—¿Te gustaría venir conmigo o conocerlo?

ROBERTO.—Sí. . . , ¡pero creo que ya es muy tarde!

VIRGINIA.—Para una artista nunca se hace tarde; es como si el sol alumbrara todavía... ¡Vivimos en un mundo tan diferente!

ROBERTO.—Bueno, siendo así me gustaría ver la ciudad desde donde tú vives. Porque desde donde vivo yo, tengo que mirar siempre para arriba.

VIRGINIA.—Entonces ¿vienes?

ROBERTO.—¡Sí! Al fin mi cuñado nunca me espera... (*Suben ambos al coche y se van.*)

ESCENA IX

La Ciudad Universitaria. Es por la mañana. ROBERTO y VIRGINIA están sentados bajo un árbol.

VIRGINIA.—Es un día precioso, ¿verdad? (*ROBERTO no contesta y entonces ella le hace cosquillas en la oreja con una hierba.*)

ROBERTO.—¡No debiste haber ido por mí al colegio! Todos me vieron subir al coche.

VIRGINIA.—Te estuve esperando en la esquina media hora y no llegaste.

ROBERTO.—¿Siempre me esperas tanto tiempo?

VIRGINIA.—Sí, pero se pasa rápido.

ROBERTO.—No sé qué haría sin ti. Te ocupas como si fuera tu hijo.

VIRGINIA.—No me gusta que digas eso. Yo

sé que soy más grande que tú, pero contigo soy tan feliz que puedo vivir la juventud que nunca tuve y me siento tan a gusto que se me olvida todo. Yo misma ya no sé qué es la realidad.

ROBERTO.—¡La realidad!... Virginia, ¿tú me quieres?

VIRGINIA.—No lo sé...

ROBERTO.—Yo sí sé que te quiero.

VIRGINIA.—Quizás sea amor... cierta especie de amor...

ROBERTO.—Yo sé que sí es amor. Te necesito, no puedo más que pensar en ti.

VIRGINIA.—¡Soy tan feliz! Cuando estoy contigo no tengo miedo.

ROBERTO.—¿Miedo de qué?

VIRGINIA.—¡Miedo, sí! ¡Miedo a morirme!... ¡A estar sola!... ¡Miedo de no ser amada por nadie!

ROBERTO.—Yo te amo con un amor sincero y firme... Lo malo es que así no podremos seguir... Si yo fuera más grande, todo sería distinto... ¡Podríamos casarnos!

VIRGINIA.—No, no hables así... No debes pensar en esas cosas.

ROBERTO.—Pero tampoco debo seguir engañando a mi familia. Yo quiero estar siempre contigo; con ellos tengo muchos problemas.

VIRGINIA.—Algún día todo tiene que acabar. Debes ver que no puede durar toda la vida.

ROBERTO.—Sí. . . , ¡mas no ha acabado todavía!

VIRGINIA.—Es cierto, debemos ver el presente, sin consecuencias; y no debe importarnos lo que hagamos. Cuando te sientas triste búscame, y así lo haré yo también siempre que te necesite. *(Se quedan callados, con las cabezas recargadas mutuamente uno en otro.)*

ESCENA X

La casa de ROBERTO. Éste y su hermana.

ROBERTO.—¡De todos modos tenía que pasar! . . .

LUPITA.—Me parece una tontería lo que piensas hacer. ¡Nosotros no te hemos dado motivo para ello!

ROBERTO.—Ya te dije que no es por ustedes. . . , ¡pero debo irme! ¡Yo sé cómo podré vivir! . . .

LUPITA.—Tú no estás contando con que eres menor de edad y que estás bajo mi tutela, por ser mi hermano.

ROBERTO.—No quiero tener dificultades. Te avisé porque no quería preocuparlos; pero si

se van a poner en ese plan, mejor es que no discutamos más.

LUPITA.—Si tuviera la seguridad de que adonde vas es un lugar bueno para ti, yo sería la primera en aconsejártelo.

ROBERTO.—¿Y tú qué sabes?

LUPITA.—¡Roberto!... No me hables así; si mi padre viviera, no te hubiera permitido nunca que anduvieras con quien andas, ni que usaras la ropa que traes puesta.

ROBERTO.—¿Qué quieres decir?

LUPITA.—¡Que esa vieja!...

ROBERTO.—¡Cállate! Esa mujer es buena, ¿lo oyes?... ¡Y tendrás que empezar a respetarla!

LUPITA.—(*Gritando.*) ¡Haz lo que quieras! (*Se va de la habitación y ROBERTO sale a la calle dando un portazo.*)

ESCENA XI

ROBERTO y VIRGINIA en el pent-house de ella. A través de los cristales se ve una gran extensión de la ciudad. Es el atardecer y está lloviznando; las luces de la calle comienzan a encenderse, aun cuando todavía no se ha puesto el sol.

VIRGINIA.—¡Roberto, más vale que hablemos claro de una vez!...

ROBERTO.—¡Yo siempre he hablado claro contigo!

VIRGINIA.—Me refiero a que volvamos a la realidad. No debes irte de tu casa, porque tampoco puedes vivir conmigo.

ROBERTO.—¡No te entiendo!... ¿Por qué me dices eso?

VIRGINIA.—Tienes que pensar que soy una mujer casada y no puedo obtener el divorcio. Además...

ROBERTO.—¡Creo que entiendo lo que quieres decir! (*Muy triste.*) Pero, ¿por qué permitiste todo esto?... ¡Qué voy a hacer ahora!

VIRGINIA.—(*Cabizbaja.*) Volver a tu mundo. Vivir tu vida... ¡tu verdadera vida!

ROBERTO.—¿Es posible eso? ¿Crees que se puede prescindir de lo que nos hace vivir, para buscar algo que no sabemos si nos interesa?

VIRGINIA.—Tú eres joven; tienes mucho por delante.

ROBERTO.—¿Y tú?

VIRGINIA.—¿Yo? Yo ya he hecho mi vida... ¡y así está! La temporada teatral ha terminado. Me iré muy lejos, adonde nadie me conozca. Mi esposo ha repetido que me matará, y aunque no creo que lo haga..., tengo que irme.

ROBERTO.—¡Comprendo!... ¡Adiós, Virginia! (*Abre la puerta para irse.*)

VIRGINIA.—¡Roberto, espera!. . . ¡No quiero que te vayas así! ¡Por lo menos perdóname si te he hecho daño!

ROBERTO.—¡No creo que esto sea un asunto que haya que perdonar!

VIRGINIA.—Quisiera que no te llevaras un mal concepto mío, después de habernos estimado tanto; pero si yo me aferré a ti, fue porque no me resignaba a tener que morir un día sin haber vivido mi juventud, y porque tampoco quería envejecer. Al estar contigo, olvidaba muchas cosas y en mi sangre bullía el deseo de seguir viviendo. Me sentía distinta. . . ¡y hasta feliz!

ROBERTO.—¿Me quisiste algún día como yo a ti? Nunca me has contestado a esa pregunta.

VIRGINIA.—Estaba encariñada contigo como con un juguete inofensivo. Admiraba tu forma de pensar y te veía como un hombre. ¡Eras una ilusión!

ROBERTO.—¡Un juguete!. . .

VIRGINIA.—Era como si viviera de nuevo. . . ; pero tuve que volver a la realidad un día. También el sol en verano parece que nunca alcanza su ocaso. . . y, sin embargo, la noche llega. Así también mi atardecer ha llegado ya. ¡Tengo que comprender que no soy una joven, sino una mujer que puede morir en cualquier momen-

to y quiero tener el alma tranquila. (*Se dirige hacia la ventana tratando de enjugar sus lágrimas.*)

ROBERTO.—¿Y crees que con eso, mi alma quedará tranquila también? ¡Tú no sabes ver más que desde arriba, así como te ven a ti los astros desde el cielo; pero no parece que sepas comprender lo que miras!

VIRGINIA.—(*Se vuelve hacia ROBERTO y, al mirar a la puerta, se horroriza y lanza un fuerte grito.*) ¡Roberto!... (*De un salto se pone delante de él.*)

ROBERTO.—(*Turbado.*) ¿Qué?... (*Suenan dos balazos con gran estrépito y VIRGINIA se desploma agonizante.*) ¡Virginia!... (*Mirando hacia la puerta.*) ¡Usted!...

UN HOMBRE.—(*No se ve, solo se oye su voz que se dirige a VIRGINIA.*) ¡Te dije que te mataría!...

(*ROBERTO se agacha a tomar las manos de VIRGINIA, mientras la puerta se va cerrando poco a poco, dejando ver una sombra, y por la ventana se ve el sol alcanzando su ocaso y tiñendo de rojo las nubes...*)

FIN DE
«SOL DEL MEDIO DÍA»

ÍNDICE

PRÓLOGO DE C. SEVILLANO MAYO.....	11
1. ROBO.....	15
2. COLUMNA ROTA.....	27
3. LA MONEDA.....	51
4. AGUAS CRISTALINAS.....	75
5. MÁQUINAS.....	101
6. DESILUSIÓN.....	127
7. UN PROBLEMA MÁS.....	147
8. PRESAGIO.....	173
9. SOL DEL MEDIO DÍA.....	199

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1961, EN LOS
TALLERES DE UNIÓN GRÁFICA, S. A.,
AV. DIVISIÓN DEL NORTE, 1521, MÉ-
XICO, D. F., LA EDICIÓN CONSTA DE
500 EJEMPLARES NUMERADOS.

EJEMPLAR NÚM.

435



